

COMENTARIO

ARMANDO RODRÍGUEZ

Universidad de La Laguna

A primera vista, el artículo de Taylor y cols., parece un trabajo muy riguroso cuyo propósito no anda lejos de esa síntesis ingeniosa entre la psicología social y la psicología cognitiva que algunos deseamos. Desgraciadamente, el resultado no ha podido ser peor. La riqueza teórica generada por Tajfel queda totalmente desvirtuada, y la precisión conceptual de la psicología cognitiva brilla por su ausencia.

No me parece oportuno dedicar este espacio a comentar algunos aspectos puntuales de la instrumentación experimental, que por cierto son abundantes y discutibles (como por ejemplo emplear como variable dependiente el error de los juicios, suponer que la memoria de frases es equivalente a la memoria visual, operativizar ingenuamente la sobrecarga cognitiva como saturación, etc.) ni tampoco a criticar la ausencia de articulación teórica entre los tres experimentos. En aras de la brevedad, me ceñiré exclusivamente a dos cuestiones que a mi juicio constituyen el principal punto débil de esa investigación. La primera concierne al propio concepto de categoría sobre el que descansan los tres experimentos. La segunda al olvido sistemático del impacto que tiene el sistema de creencias en el proceso de categorización.

De la forma en que se operacionaliza para su manipulación experimental, deduzco que la concepción de categoría que subyace es la de conjuntos bien definidos de elementos que comparten, a primera vista, una misma cualidad sobresaliente (color de la piel, sexo). Esto es, fenómenos discretos, inequívocos muy en la línea de los viejos trabajos sobre formación de conceptos de Hull.

La lógica de esta orientación es muy sencilla. Segmentado el mundo en función de regularidades tan compactas, el proceso inductivo de la categorización (agrupar los elementos bajo una misma etiqueta) se convierte en una estrategia estrictamente perceptiva, y el proceso deductivo (inferir y generalizar atributos a todos los miembros) en una sencilla actividad de cálculo correlacional.

Afortunadamente estas concepciones formalistas sobre las categorías han decaído desde que Rosch apoyándose en las nociones de Wittgenstein sobre los conceptos expuso varios principios que modificaron la tradición existente. De ellos sólo mencionaré dos de gran interés aquí:

— Las categorías no son construcciones cerradas con límites bien definidos.

— Los elementos que se incluyen en una categoría no son equivalentes, ni comparten los mismos atributos sino que se ordenan de mayor a menor tipicidad actuando los más típicos como referentes de esa categoría.

Hay, por tanto, en el proceso de categorización un amplio margen de decisión humana que a mi juicio pasa desapercibido para las autoras. Ni el

mundo es un conjunto desorganizado de elementos relacionados aleatoriamente, ni es un sistema cerrado compuesto de paquetes conectados en razón a su homogeneidad.

Suscribir lo segundo como parece que hacen Taylor y cols., las lleva inevitablemente a concebir la mente humana como una pantalla donde se reflejan isomórficamente las invarianzas ambientales. Prescindir de los factores culturales y sociales las obliga a defender como hechos de la naturaleza categorías que tienen una indiscutible razón social: la discriminación de grupos humanos (negros y mujeres).

Además no creo que sea un buen recurso ni un punto de partida aceptable para un psicólogo social sustentar que «no existe razón teórica ni empírica para suponer que formar generalizaciones sobre los grupos étnicos sea radicalmente diferente de formar generalizaciones sobre otras categorías de objetos» (pág. 778). Si esto fuera verdad, yo particularmente no le daría mucha razón de ser a la Psicología social y sí a una especie de [^]Psicología cognitiva aplicada».

En definitiva, por muy autoevidentes que sean las categorías, el proceso de formación no responde a un simple reflejo mecánico de las regularidades ambientales, pues éstas son percibidas y adquieren significado sólo en el contexto de los grupos sociales y en la tradición cultural de una comunidad.

Esto tiene que ver con otra cuestión, pues el modelo de sujeto que se desprende del artículo es el de un organismo de plasticidad cognitiva y sensibilidad extrema a los estímulos, donde la sociedad carece de importancia ya que los conceptos (constructos inferidos de la conducta) se derivan de meros procesos de discriminación perceptiva y por tanto ni las creencias, ni por supuesto las teorías implícitas añaden nada nuevo al modelo.

Por fortuna el propio sentido común basta para descalificar semejante planteamiento, pues a menudo observamos que los fenómenos, incluso los más evidentes, poseen distintos significados para las personas. Así, frente a mundos informacionales mal definidos, las creencias, las teorías implícitas, se convierten en auténticos organizadores y proveedores de significado.

Prescindiendo de las creencias de los individuos difícilmente se accederá a una visión realista del tema pues la similitud es insuficiente por sí misma para construir categorías significativas.

En primer lugar, porque debe existir «algo» que nos indique que debe considerarse un atributo, y dirija nuestra atención hacia allí (Murphy y Medin, 1985).

En segundo lugar porque la mente humana precisa trabajar con significados. «La información no tiene significado intrínseco ya que es una manifestación de meras regularidades estructurales o dinámicas ciegas... De modo general la información es significativa en la medida en que tiene valor adaptativo, social o cultural» (De Vega, 1987, pág. 11).

Por último, porque para garantizar su estabilidad (Taylor y cols., no se preocupan lo más mínimo por esta cuestión) las categorías deben conectarse e interactuar con el resto de las concepciones del sujeto.

Si las teorías causales implícitas pasan desapercibidas en el proceso de ordenación y categorización de la información es básicamente porque nuestras interpretaciones parecen un simple reflejo de la realidad. La sensación de que somos receptores ingenuos, que «vemos lo que se ve» posiblemente

hay que buscarla en la propia naturaleza del proceso atribucional: espontáneo, veloz, parcialmente inconsciente, sin esfuerzo ni sobrecarga cognitiva y compartido por aquellos grupos con los que interactuamos asiduamente.

Por consiguiente, para estudiar la categorización es imprescindible relacionar las representaciones intra e interclase con las concepciones que el sujeto tiene en el dominio de conocimiento que estamos explorando.

En definitiva, el artículo de Taylor y cols., constituye a mi juicio un paso atrás en relación tanto con la psicología cognitiva como con toda la tradición que arranca de Bruner y llega a Tajfel. Volver a lo descriptivo ignorando incluso la información valorativa aneja, en la época en que se publicó el artículo lo convierte necesariamente en un ejercicio académico estéril al que lo más que podemos conceder es un piadoso olvido.

Referencias

- MURPHY, G. y MEDIN, D. (1985). The role of theories in conceptual coherence. *Psychological Review*, 92 (3), 289-316.
- DE VEGA, M. (1987). Reprocesamiento de la información: una incursión en los abismos informativos. *Boletín de Psicología*, 15, 7-12.